



El barro de lo que fue

MARA ESPASANDE (UNLU/UNLA)
9 DE JULIO DE 2025

El viejo apotegma “la Historia es maestra” ha resonado durante mucho tiempo en el imaginario popular, al igual que aquella fórmula escolar que sostiene que “la historia sirve para no repetir los errores del pasado”, aunque sabemos que no se trata de simples “errores”, sino de acciones deliberadas, planificadas y ejecutadas por quienes se beneficiaron de ellas. En todo caso, el pasado emerge como portador de una sabiduría a la cual los y las historiadoras deberíamos ser capaces de interpretar y transmitir.

Sin embargo, desde finales del siglo XX y con la crisis de la modernidad en Occidente, el vínculo de los pueblos con sus pasados ha sufrido un paulatino pero constante debilitamiento. En pleno proceso de cuarta –o incluso quinta– revolución industrial, donde lo

que acontece en el presente es susceptible de fácil manipulación, cuánto más el pasado, cuyo abordaje implica necesariamente, la mediación de las fuentes y los vestigios de otros tiempos.

Paradójicamente, la segunda década del siglo XXI en el mundo Occidental ha estado marcada por la emergencia de nuevas (o no tan nuevas) derechas que apelan a la Historia, una pieza central en su construcción discursiva e identitaria. Un pasado que se considera “glorioso”, “perdido” como consecuencia de los avances sociales del siglo XX. Así, la disputa por la interpretación del pasado vuelve a ser parte del debate público, recordándonos que hablar (o *hacer*) Historia es también hablar (o *hacer*) Historiografía. Ya nos alertaba Arturo Jauretche que existía una Política de la Historia mediante la cual los sectores dominantes habían inculcado una cierta imagen del pasado y que por eso resultaba necesario reflexionar sobre “la importancia política del conocimiento de una historia auténtica; sin ella no es posible el conocimiento del presente, y el desconocimiento del presente lleva implícita la imposibilidad de calcular el futuro”. El vínculo entre lo que fuimos, los que somos (y estamos siendo) y nuestro devenir se encuentra íntimamente ligado al sentido de conocer y estudiar nuestra Historia. Agrega este pensador nacional: “porque el hecho cotidiano es un complejo amasado con el barro de lo que fue y el fluido de lo que será, que no por difuso es inaccesible e inaprensible”.

Hacer inteligible quienes somos como comunidad nacional, qué conflictos nos atravesaron, qué intereses se enfrentaron a lo largo del tiempo, constituye, sin dudas, un aporte que la Historia seguirá brindado aun en tiempo de la IA. En una obra reciente, Patrick Boucheron afirma: “la historia es también, más que cualquier otra cosa, el arte de dosificar las sorpresas”. En un contexto marcado por la aceleración y el volumen creciente del flujo informativo, volver la mirada hacia atrás, analizar los cambios, pero también las continuidades y los procesos de lenta transformación, puede darnos claves para comprender el vertiginoso presente. Así, evitaremos que cada acontecimiento no resulte un hecho “sorpresivo” dejándonos en una actitud contemplativa o de inacción. Todo lo que sucede, como decía Jauretche, tiene sus orígenes *en el barro de lo que fue*. Sumergirse allí aportará herramientas valiosas para analizar lo que hoy nos ocurre y ser capaces de no rendirnos ante la aparente inevitabilidad de lo que acontece.